

Correo de La Habana

Neruda: dimensión y acento de la americanidad

(En el Rep. Amer.—Del Servicio Continental de Prensa Atlántida. La Habana, marzo, 1942).

Acaba de llegar a La Habana Pablo Neruda. El eminente lírico chileno —una de las voces más altas y puras de América— ha recibido fervorosas demostraciones de admiración y afecto en Cuba, y se dispone a pronunciar tres conferencias sobre poesía, bajo los auspicios de la dirección general de Cultura.

La trayectoria de Neruda es de todos conocida. Sus valientes y definitivas actuaciones le han captado el cariño de los hombres que en este Continente luchan por un mundo mejor. Ha hecho de la poesía un arma para defender sus nobles idealidades políticas. Cree en nuestro pueblo como gleba propicia para estructurar grandes nacionalidades. Y tanto en la América del Sur como en España y en los Estados Unidos Mexicanos, el notable cantor americano se ha colocado siempre, de cuerpo entero, al lado de las causas justas, combatiendo contra la violencia y el atropello de nuestros miserables sátrapas indígenas.

España en el corazón es un libro de amor y de combate, producido a la raíz de la revolución que llenara de dolor, de sangre y de ignominia a la península. Hay en esta obra poemas en que surge la protesta y el verbo de admonición con una brillantez resplandeciente. Porque Neruda es un altísimo poeta, un creador de belleza, un verdadero cultor de la más genuina estética.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada ha dado triunfalmente la vuelta al mundo. Y mantenemos, con entero responsabilidad intelectual, que después de Darío no ha habido en este Continente muchos poetas que disfruten de la popularidad y la nombradía de Neruda.

Además, como Darío, ha fundado escuela. Son muchos los jóvenes que en América siguen sus huellas, unos con menor acierto que otros, pero todos han descubierto en el lírico extraordinario un estro maravilloso que es como un fulgor en el oriente de la literatura castellana.

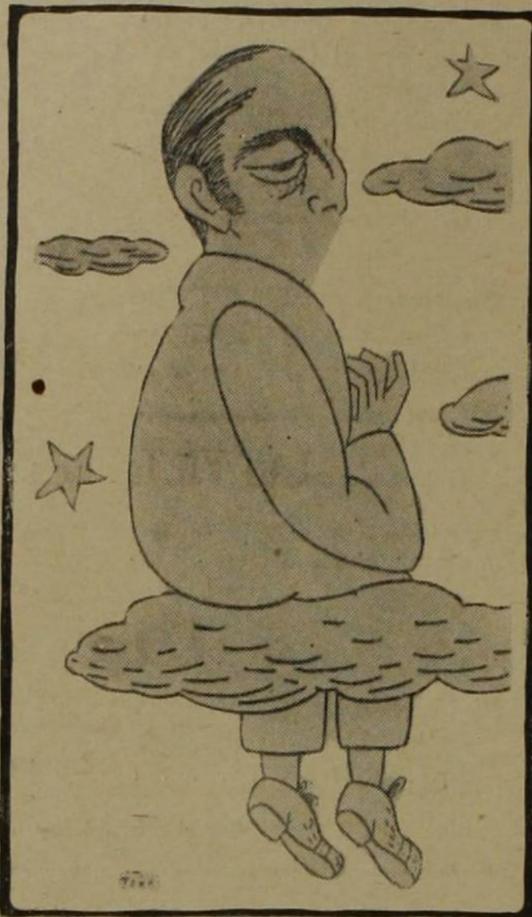
Chacón y Calvo ha pregonado en Cuba la neutralidad de la Cultura. Una suerte de puerta falsa para evadir las responsabilidades y rehuir la lucha. La cultura no puede ser nunca neutral porque un hombre culto no puede quedarse indiferente ante los dolores y miserias que abaten al mundo.

Neruda cree que la poesía puede salvar al género humano. Con Rafael Alberti, otro gran poeta, luchador de las izquierdas republicanas españolas, cree que "entre la espada y la rosa, la poesía puede salvar al mundo". De suerte que luchando con esta arma puede llegarse a la conquista de una felicidad relativa para nuestros pueblos.

Hemos hablado, brevemente, con el notable poeta, sobre los diversos dolores que aquejan a nuestra América. Nos ha hablado, como él acostumbra siempre, alto y claro.

Habla afectuosamente de los notables poetas de Guatemala. Como nosotros, admira la exquisita sensibilidad y la delicada cortesía de aquellas gentes cordiales. Y luego expresa también conceptos laudatorios para México.

Entre los visitantes se encuentran Enrique Labrador Ruiz, notable novelista cubano, autor de *Anteo*, *Cresival*, *Manera de Vivir*, *Grimpolario*, y otras obras interesantes. Está Manuel Altolaguirre, el poeta español que buscó refugio en América cuando los intelectuales



Pablo Neruda

(Visto por Toño Salazar)

peninsulares fueron perseguidos por Franco. Neruda ocupa por rara coincidencia, en el Ho-

tel Packard del Paseo del Prado de La Habana el mismo departamento que habitara, hace algunos meses, otro gran intelectual americano, Rafael Heliódoro Valle.

Como poeta exquisito, de delicada sensibilidad, Neruda tiene genialidades y originalidades personalísimas; Neruda es coleccionista de caracoles. Tiene bellísimos originales, de vivos colores, de diversas playas del mundo. Y en Cuba ha hecho viajes de cientos de kilómetros, hasta la bellísima Playa Azul de Varadero, en busca de los atractivos moluscos.

El poeta nos mostró el *Mensaje a Pablo Neruda*, de Claudio Herrera, joven publicista de raíz revolucionaria de la República de Honduras. Opina Neruda que Herrera llegará si persevera en el difícil cultivo de la poesía.

El temperamento de Neruda, como el de todas las personas del extremo sur del Continente, contrasta de manera notable con el de los habitantes de estas regiones del Norte. El tipo cubano es apasionado y ardiente, cálido en sus palabras y en la demostración de su cordialidad, en tanto que Neruda, como casi todos los americanos del sur, parece ocultar sus emociones dentro de una erasmica serenidad, no obstante de ser un hombre de lucha, un paladín de combate.

La llegada del admirable poeta a La Habana ha revuelto el cotarro de los intelectuales, ya que su nombre nos era bien conocido y bien querido desde hace ya algunos años. Las demostraciones de afecto han sido públicas y notorias. Y no siendo posible en un parco comentario de prensa abarcar, ni a grandes rasgos, su extraordinaria personalidad, nos proponemos esbozar un ensayo sobre el ilustre lírico sudamericano.

JOSÉ R. CÁSTRO

Pablo Neruda

(De Hoy. La Habana, 5-III-42).

Con su llegada a la Habana, satisface Pablo Neruda uno de sus más hondos anhelos, y también, desde luego, un deseo profundo de quienes, conociendo su obra poética y su ejecutoria humana, queríamos tenerlo cerca, identificándose, en nuestra propia luz tropical, con el alma cubana que tanto él conoce desde fuera, y que cuenta, de manera tan principal, con su amorosa simpatía.

Aquí ya tenemos, con su ancha humanidad cordial, a quien es, sin duda, la figura cimera de la poesía americana, en el momento presente; a quien ha llevado a la poesía española, enriqueciéndola, toda la fuerza cósmica, todo el clamoroso impulso de la naturaleza y el espíritu de América. El caso de Rubén Darío —con la distancia de época y de mentalidad— se repite en este gran chileno. El nicaragüense aportó nuevas esencias a la decadente lírica de habla hispana, pero teñidas del confuso cosmopolitismo del barrio latino parisiense. Neruda, por el contrario, ha sido capaz de revitalizar, en nuestros días, esa tradición lírica, porque ha puesto a circular por su verso prodigioso toda la potencia, oculta o manifiesta, de estas tierras de selvas y volcanes. La poesía de América, de la naturaleza salvaje y desnuda de nuestro Continente, —con todo su misterio y su encanto indefinibles— es lo que ha dado Neruda en su máscula obra.

De esta obra, lo culminante son los volúmenes de *Residencia en la tierra*, y ya el título es toda una definición de quien, por

ser gran poeta, se ha fundido de manera tan intensa con los elementos, que todo él transpira vida plena: es el hombre luchando, venciendo las fuerzas ciegas del agua y el aire, de la luz y del fuego, enterrado heroicamente en esta dimensión del infinito en que nos debatimos los humanos. Y es curioso señalar cómo este hombre, este poeta, ha llegado a un dominio tan absoluto de su expresión, que ha logrado cosa tan difícil como es la de elevar a categoría de símbolos poéticos los objetos aparentemente más vulgares; él ha sabido hallar, y aún más, expresar, el poderoso lirismo de las materias primas que manipula el hombre que trabaja, y los instrumentos de labor que éste utiliza en su diaria faena. Si *20 poemas de amor y una canción desesperada* —para citar uno de sus libros más conocidos— es la obra del poeta todo desbordado en una caudalosa pasión de amor, *Residencia en la tierra* es el documento vivo de un hombre que ha penetrado violentamente en la naturaleza y en su más entrañable sentido cósmico, no como turista voluptuoso, sino en afán de alumbrar de belleza las cosas con que todos los humanos trabajamos diariamente en función de servicio social — aún en esta sociedad presidida por la iniquidad y la justicia.

Consciente de la gran responsabilidad de los hombres de inteligencia y sensibilidad de nuestra época, Pablo Neruda ha puesto con valor y firmeza ejemplares la fuerza de su obra y de su actividad al ser-

(Pasa a la pág. 143).